

Abdallah en Nueva York

Lo primero que conocí de Abdallah Djibilou fue la brasa ígnea de su cigarro impenitente, brillando en la penumbra de uno de los despachos interiores de la planta 14 del edificio de las Naciones Unidas en Nueva York. Llevaba allí poco más de un mes cuando yo llegué a la capital del mundo, allá por febrero de 1992. Era la primera vez que viajaba a Nueva York, como él. Lo habían contratado como traductor, pero como no sabía inglés, los ratos en que no había textos en árabe o en francés que traer al español los pasaba fumando en un despacho desocupado, con esa manera tan especial que tienen los marroquíes de fumar, actividad que muchos de ellos consideran tan sólo compatible con ingerir ese café negro como la antracita, hipertenso e infartante que acostumbran a trasegar, de Ceuta para abajo, como si fuera agüita de la India.

En las presentaciones, que efectuó nuestro común amigo Enrique González-Prats, me impresionaron vivamente sus modales educados y atentos, su sonrisa franca, su nuca de centurión romano, bien pelada, su cabeza patricia, su anillote en el meñique y su formidable sorna, siempre rematada por una sonrisa, con la que se hacía perdonar cualquier rastro de agresividad que pudiera dejar tras de sí, como una estela, su lengua afilada. También me llamó poderosamente la atención su aire ausente, esporádicamente ido, trabajado por quién sabe qué zozobras, en las que de vez en cuando se ponía a sí mismo al paio, muy a pesar suyo, me parecía, retirándose de cualquier trato con el resto de los humanos.

Congeniamos rápidamente, a pesar de que me llevaba algunos años, no muchos, y de que él era todo un catedrático, y yo un pobre piernas, rescatado entonces de un dorado desempleo —que solía dejar pasar en Marruecos, trabajando en un diario kafkiano a mayor gloria de *Hasan deux*, en el que nunca llegaron a pagarme— por una milagrosa conjunción de fortunas. Los dos parábamos en el Hotel Wellington, en la 55 con la Séptima avenida. Como ambos éramos incapaces, no ya de averiguar por qué procedimiento se debía comprar un *token* y en qué ranura había que introducirlo para poder viajar en *subway*, sino siquiera de enfilear las escaleras del metro, que nos parecía, en el colmo de nuestra *street unwise*ness, la antesala del Averno, caminábamos desde el Upper West Side hasta la ONU y vuelta todos los días, a veces con nieve, a veces con ráfagas heladoras de viento, otras con lluvia acerada, empleando casi una hora en cada trayecto. Aquellos viajes en su compañía por las calles de Nueva York, siempre sorteando Central Park —que él descartaba por sitio peligroso y de segura perdición— fueron una auténtica delicia, que recuerdo con verdadera nostalgia. Como a mí el dialecto de Marruecos siempre se me ha resistido, su extraordinario dominio del español, lengua a la que traducía perfectamente sin ser su idioma materno, me permitió asomarme un poco a las complejidades del carácter marroquí, que nunca he podido llegar a columbrar debidamente y que no pocas veces considero misterioso y enigmático. Tras apurar un café e ingerir un bollo pringoso de colesterol en un cafetín de la Séptima avenida, aunábamos su sorna rifeña y mi causticidad maña y, camino de nuestro despacho en la ONU, no dejábamos títere con cabeza. Si al común de los mortales la ciudad de los rascacielos produce, principalmente, pasmo, en nosotros parece que sólo generaba una hilaridad imposible de restañar. Nos mofábamos de todos y de todo, y no era raro que nos

detuviéramos en mitad de cualquier acera, doblados de la risa, con los ojos bañados en llanto por cualquier ocurrencia o parida, ante la mirada despectiva y atónita de los docenas de autómatas que a las ocho de la mañana patean —en esas formaciones tan extrañas de individualidades— las aceras de Nueva York, todos provistos de sus bolsas de estraza, en las que transportan sus café resudados y sus bollos pringosos. Recuerdo que una de las cosas que encontrábamos más graciosa era la visión de ejecutivos hablando por teléfono móvil, aparato entonces desconocido o muy raro en España. Nos parecía el colmo de la estulticia, eso de ir por la calle gesticulando y dejando que todo el mundo escuche tus propias interioridades. A él, por ser marroquí, el pueblo más celoso del mundo en materia de intimidad, aquello le debía parecer el colmo de la impudicia.

A Abdallah, Nueva York le abrumaba. Encontraba la ciudad inhumana y sospechosa. A la vuelta de nuestra jornada de trabajo yo le animaba a acompañarme a dar un paseo por el *Village* o a patear Union Square, o a ir de librerías, pero él siempre lo descartaba con un gesto que no dejaba resquicio alguno a la discusión, como si estuviera escuchando un disparate, acompañando su negativa con un crujir de nudillos y un par de torsiones hercúleas de cuello, ese gesto que tan característico era en él. Se aprovisionaba entonces de cigarrillos, se hacía con unos pedazos de pollo asado en el *salad bar* cercano al hotel, introducía su dedo meñique por la abrazadera de plástico de un pack de seis *Budweiser* heladas y se iba a su habitación, en donde pasaba la velada tumbado en la cama y aferrado al mando a distancia, zapeando entre canales hispanos, y fumando y trasegando cerveza, actividad esta última para la que se sentía en posesión de una licencia divina especial en aquel país de cafres.

En una de las raras ocasiones en que conseguí convencerlo para que me acompañara en alguna de mis andadas neoyorkinas, por un error mío, que entendí *fourteenth street* en vez de *fortieth street*, lo hice caminar hasta casi Battery Park para nada. Luego se estuvo choteando de mi inglés durante todo el día. Me señalaba un semáforo y me preguntaba “Oye, y eso de *gualk*, ¿qué quiere decir?”. Yo replicaba, enfurruñado y escocido: “No estoy seguro. Lo voy a mirar en el diccionario”.

No quiero ni imaginar qué hubiera pensado el bueno de Abdallah de haber sido testigo de todo lo que hubimos de pasar mucho después en Nueva York, especialmente el 11 de septiembre, seguido de un horripilante accidente de avión a los pocos días. Hubiera confirmado todos sus presentimientos sobre la ciudad, que no eran tan erróneos, después de todo.

El tiempo puso luego su distancia entre nosotros. Nos vimos algunas veces en Madrid, en donde pernoctó, un verano, en mi abrasador ático de la calle Vallehermoso. En otro viaje me presentó a su guapa y joven esposa. La noticia de su muerte me dejó helado, furioso. Recordé entonces un día en el que, en un almuerzo en el inhóspito comedor de las Naciones Unidas, yo le recité, en un patético intento de epatarle, el primer verso de una conocida elegía de Al-Maarri. Él, sin pestañear, continuó de memoria, de un tirón, hasta que terminó, con una sonrisa. Me di cuenta entonces de que, a pesar de ser hispanista, con lo que en él había de árabe se podían hacer al menos una docena de arabistas.

*“Fueron creados los hombres para la eternidad
y yerra la nación que los cuenta entre los muertos.*

*Sólo son llevados, de una casa de fatigas,
A otra de terrores, o a aquella de la dicha...”*

Descansa en paz, amigo Abdallah.

Jaime Sánchez Ratia
Ginebra, 25 de agosto de 2008.